

En el país de las grandes tragedias: el presidio de Ushuaia

In the country of great tragedies: the prison of Ushuaia

Juan José de Soiza Reilly

Mateo Banks ¿puede ser inocente? Y el drama psicológico del boxeador Eduardo Sturla¹

El crimen del Azul

Los que creemos en la justicia de Dios dudamos, por experiencia propia, de la justicia de los hombres. ¡Son tan chicos los hombres si los medimos con la vara del cielo!

— *Mateo Banks...*

Acaso estemos en presencia de uno de esos crímenes que, por amor a la Justicia—estatua simbólica de los ojos vendados—comete la justicia.

— *¿Quién es Mateo Banks?*

Su nombre ha pasado a la historia natural de los monstruos. Se le acusa de un delito salvaje. Evoquemos su historia a través del proceso:

— *“El 18 de abril de 1922, Mateo Banks asesinó en Azul a ocho personas, de las cuales seis eran miembros de su propia familia”.*

Las ocho víctimas del acusado fueron:

— *Sus tres hermanos: Dionisio, Miguel y María Ana.*

— *Su cuñada Julia, esposa de Miguel.*

— *Sus dos sobrinas, Cecilia y Sarita, hijas de Dionisio.*

— *Dos peones de la estancia: Illescas y Gaetán.*

¹ Publicado originalmente en: *Caras y Caretas*, Nº 1799 (1933), 21-24. SUMARIO: El crimen de que se acusa a Mateo Banks | Las declaraciones de una niña | ¿Por qué Mateo Banks se declaró culpable? | Su inocencia a través del testamento que ha escrito en el presidio de Ushuaia para sus hijos | El verdadero autor del crimen | Destruyendo una leyenda de millones | El crucifijo del capellán de la “Sarmiento” | Los hijos se han cambiado el nombre | La historia del ex boxeador Eduardo Sturla | Un hombre enamorado de dos mujeres iguales | Los golpes de Campolo y Monte Munn debieron ser atenuantes de su crimen.

El establecimiento agropecuario donde se realizó el asesinato era de propiedad de los hermanos Banks. Se llamaba:

— *Estancia de la Buena Suerte.*

Según dice el proceso, Mateo Banks, dueño de otra estancia—“El Trébol”—llegó ese día de visita, como de costumbre, a la “Buena Suerte”. En seguida, valiéndose de una simple escopeta de dos caños, mató a sus ocho víctimas. Solamente dos niñas inocentes presenciaron en parte la terrible tragedia: *Nancy, de tres años de edad, hija de Dionisio, y María, de ocho años de edad, hija del peón Illescas.*

Hasta el momento de ser encarcelado, Mateo Banks tenía en el Azul y sus alrededores fama de hombre modelo. Hijo de irlandeses, poseía las nobles cualidades de su raza. Era laborioso, espiritual, honesto, humanitario, pulcro, religioso, místico. Las instituciones sociales y de beneficencia reclamaban a menudo su concurso, porque donde él ponía su actividad de hombre rico, ponía también su corazón cristiano. Sin embargo, para el criterio de muchos, ostentaba un defecto: Mateo Banks era inflexible para los ateos...

De repente estalló la tragedia.

— *¿Quién es el asesino?*

Para la justicia era fácil saberlo. ¿No había dos testigos?

Interrogaron a la linda Nancy. Pero, Nancy tenía tres años solamente. ¿Qué podía recordar un angelito de tres años de edad? En sus pupilas las visiones reales se mezclaban con las fantasmagorías de sus sueños. Nada supo decir. Sonreía y lloraba.

Los jueces hicieron comparecer a la otra niña—la negrita María—hija de uno de los peones muertos en la tragedia.

— *¿Quién es el asesino?*—le preguntaron.

— *Fue don Mateo. Yo vi cuando lo mataba a mi papá...*

Mateo Banks fué condenado a reclusión perpetua.

Oigamos ahora lo que nos dice Banks.

¿Es inocente?

Mateo Banks se ha resistido siempre a los reportajes periodísticos. Amparado en las reglamentaciones carcelarias, se excusa con modestia:

— *No tenga nada que decir.*

Mis colegas insisten. Mueven influencias. Y se alejan de Ushuaia con el sentimiento de no hablarlo, ni verlo. Y si alguno lo ha visto, ha sido a través del pequeño cristal de la mirilla por donde el carcelero examina la celda. En cuanto Banks advierte que lo miran, esconde la cara entre las manos. No son únicamente mis colegas quienes tratan de verlo. En

cuanto llega a la Tierra del Fuego un buque de turistas, los pasajeros se apresuran a entrar en el presidio:

— *Quisiéramos hablar con Mateo Banks.*

Los médicos insisten con mayor ahinco. Pretenden recoger en este hombre comprobaciones para sus apotegmas. Todos logran el mismo resultado.

— *¡No!*

Yo le pregunto a Banks:

— *¿No cree usted en la fuerza de nuestro periodismo?*

— *¿Cómo no voy a creer en esa fuerza, si ella fue la que me hundió en la cárcel?*

Y me explica la transformación que se produjo en el ambiente cuando algunos periódicos, en el afán de decir cosas nuevas, le inventaron historias capaces de perder a un santo.

— *Ante la sospecha de que yo pudiera ser el asesino—me cuenta Banks—muchas personas se echaron como perros sobre mi reputación. Mis cincuenta años de vida limpia y mis cuarenta años de trabajo honesto desaparecieron en cinco minutos bajo las calumnias más infames. Personas que no me conocían, propalaban las más bajas mentiras. Y hasta muchos que me conocían en la intimidad, se hicieron eco de esas mismas mentiras. Y qué mucho si hasta los mismos que me amaban, arrastrados por esa ola de crueldad colectiva, empezaron a horrrarme de su corazón... Y nada hubiera sido que el odio ciego sé ensañara conmigo. El odio fue más lejos. Fue más hondo. Se ensaña todavía con mis hijos. Dos de ellos consiguieron empleo, pero cuando los patrones descubrieron, por el apellido, que eran hijos míos, los dejaron cesantes. Pues bien: ahora, los dos han tenido que cambiarse de nombre para ganarse la vida honestamente. Así pueden sostener a la madre que es un verdadero ángel de martirio...*

Mateo Banks se enjuga las lágrimas con su gorra de preso. Luego, agrega:

— *Soy inocente, señor. ¡Nunca cometí el delito de que se me acusa!*

Tiene unos ojos claros, serenos, bondadosos. Mira con honradez:

— *¡Soy inocente!*

Yo no le digo nada. Pero lo miro.

— *¿Usted me cree, verdad?*

Lo miro otra vez en silencio.

Banks me tiende sus manos llenas de gratitud:

— *¡Usted me cree, señor! En realidad, yo soy un pobre diablo que no tengo razones para creerle. Pero, estoy seguro de que este hombre no miente...*

La confesión de Banks

Mateo Banks ha escrito sus “Memorias”. Es un solemne testamento surgido de un pozo de dolor, con la sinceridad cadavérica de quien escribe al borde del sepulcro. Lo tiene destinado a su mujer, a sus hijos, a sus nietos, a todas aquellas almas que, por instinto sobrehumano de amor, son capaces de creerle.

Banks me lee su alegato entre las cuatro paredes de una celda. A lo largo de sus confesiones, corre un “leit-motiv”.

— *No soy el asesino.*

Y explica, con detalles minuciosos, su intervención en la tragedia. Banks habla como escribe, con lentitud armoniosa de voz sacerdotal. La huella del inglés aprendido en las faldas maternas se le adivina en la sintaxis. De vez en cuando, contra su voluntad, no puede contenerse: dos lágrimas le caen paralelas desde los ojos a la boca. Y, cuando habla de la fatalidad que le hizo aparecer como asesino, tiembla de indignación y busca con los ojos en el techo la presencia de Dios.

— *¿Quién fue el asesino?*

— *Fue Illescas, el peón de mis hermanos...*

Y explica que, cuando él llegó a la estancia el día del crimen—18 de abril de 1922—el peón Illescas estaba asesinando a sus hermanos, a su cuñada, a sus dos sobrinitas... Aquel peón había sido despedido el día anterior por su mala conducta. La venganza fue, sin duda, la causa de su crimen.

— *Tan pronto como el peón advirtió mi presencia, trató de acometerme. Yo corrí hasta mi coche. Empuñé la escopeta que siempre llevaba conmigo para cazar en el trayecto. Antes de que yo le apuntara, el asesino me hizo fuego, sin lograr herirme. Yo le disparé un balazo y lo maté...*

Banks se encontró solo, en medio de los cadáveres, sin nadie que pudiera ser testigo de aquel drama; sin nadie que pudiera salvarlo de la sospecha de que él era el único asesino. (El peón se llevó a la tumba el secreto del crimen).

Pero Banks no estaba solo. Allí cerca en una habitación, habíanse escondido dos personas: Nancy, la muñequita de tres años, y María, la Negrita, de ocho años, hija del peón Illescas... Esta última alcanzó a ver cuando Banks apuntaba a su padre con la escopeta; vio cuando hizo fuego; vio cuando su padre caía muerto por la bala de Banks.

— *¿Quién fue el asesino?*—le preguntaron los jueces.

— *Fue don Mateo*—respondió la niña.

De cárcel en cárcel

Consta en el proceso—le digo a Mateo Banks—que usted confesó ante el juez su culpabilidad total en la tragedia.

— En efecto. El crimen había sido tan bestial y la resonancia del asesinato tan profusa, que la policía, para responder a la expectativa de la multitud, se dispuso a encontrar un culpable. Se me castigó en todas las formas. Se me sometió a toda clase de suplicios. Y por fin, para herirme en mi parte más débil, se me dijo que si yo no confesaba ser el autor del crimen, mi hija sería sometida a torturas mayores que las mías... ¡Martirizar a mi hija! ¿Qué culpa tenía mi angelito para que la sometieran a torturas infames? Por lo que hacían conmigo presumí que le harían a ella cosas peores que a mí. Ante la idea de que martirizaran a mi hijita, grité desesperado:

— Bueno. Sí. Yo soy el asesino.

El juez tomó nota de la declaración formulada por Banks. Fué inútil que, transcurrido aquel momento de estupor, el propio Banks proclamara en voz alta su inocencia. Desde entonces no se ha cansado nunca de gritar:

— Soy inocente. Me declaré culpable para salvar a mi hija...

Era tarde. Y Banks fue llevado de cárcel en cárcel, sin misericordia. Un abogado defensor quiso salvarlo haciéndolo pasar por loco. Lo encerraron en “Melchor Romero”. Pero él demostró que era cuerdo. Lo trajeron al presidio de Ushuaia.

— Se dijo—agrega Banks—que yo cometí el crimen para heredar la fortuna de todos mis hermanos. Hasta se afirmó que esa fortuna ascendía a un millón y medio de pesos. Aquí, en mis “Memorias”, publico el balance de los bienes. Fueron tasados en veintiún mil pesos. Dos años después se vendieron en treinta y tres mil. A mí me hubiera correspondido, exactamente, 4.683 pesos. Aun suponiéndome tan vil, tan asesino que pudiera matar a mis parientes por dinero, ¿cree usted que un hombre como yo, dueño de un establecimiento de campo avaluado en ciento cincuenta mil pesos, iba a cometer un crimen tan espantoso por una herencia de cuatro mil pesos?

Le pregunto si alguna vez lo visitan sus hijos:

— Una vez, en otra cárcel, me visitó mi esposa con mis hijos. Sufrieron tanto, ¡tanto!, que les dije: “No vuelvan”...

Ahora Banks, en Ushuaia, vive casi siempre encerrado en su celda. Está viejo. No puede trabajar. Ha cumplido 61 años de edad. El frío le hace daño. Acaba de pedir al gobierno un poco de clemencia:

— Sólo quiero que me lleven a otro clima...

Su compañero fiel es un gran crucifijo de bronce, regalo que le hizo un capellán de la fragata “Sarmiento” al pasar por Ushuaia.

— Las autoridades del presidio—me dice Banks—han tenido conmigo una gran deferencia al permitir que guarde en mi celda esta imagen de Cristo.

— *¡Bueno fuera que se lo prohibieran!*—le respondo.

— *No crea, señor. Es una deferencia. Esta imagen de bronce pesa varios kilos. En manos de un delincuente, podría ser un arma terrible contra los guardianes.*

Y Banks me lee con emoción el último párrafo de sus confesiones:

— “Este crucifijo que pende de una de las paredes de mi triste aposento, que preside mis insomnios y que es el único testigo de mi inocencia y de mis lágrimas, es quien inspira a mi alma la fe inquebrantable que hará surgir la luz en medio de mi noche”...

La conducta de Banks en el presidio siempre ha sido ejemplar. Por eso en su uniforme lleva el “Nº 1”.

El drama del boxeador Sturla

Los aficionados al deporte no han olvidado todavía la gallarda silueta del boxeador Eduardo Sturla. Su fuerza, su elegancia, su habilidad en el arte del boxeo, le conquistaron con frecuencia el honor de las grandes ovaciones. Viéndolo ahora, no parece el mismo. Una horrible tragedia lo ha metido para siempre en la cárcel. En su uniforme de penado, ostenta las dos letras fatales:

— *R. P.*

Le pregunto:

— *¿Esas dos iniciales significan Reclusión Perpetua?*

— *Sí, señor. Pero también quieren decir: Requiescan-in-Pace.*

Da pena, en realidad, ver a este hombre joven, inteligente, destrozado por el infortunio. Acaba de cumplir 29 años de edad y ya está condenado a morir sin perdón entre los muros del presidio. Cometió su crimen pasional hace cuatro años, cuando recién empezaba a ser hombre. Antes había sido un buen hijo, un buen padre, un buen esposo. Todo cuanto ganaba era para los suyos.

— *Fue un crimen, lo confieso*—me dice Sturla—*pero yo estaba loco de pasión. Era un hombre juvenil, ardiente, incapaz de contener los arrebatos de mi naturaleza. He cometido un crimen espantoso. Lo sé. He asesinado a un ángel...*

Llora como un niño. Evoca, entre medias palabras, su odisea. Es un drama extraño, digno de ser escrito por un psicólogo que también fuera artista. Shakespeare hubiera hecho con su argumento una tragedia lírica.

Siendo muchacho, Sturla se enamoró de una mujer. Era una niña deliciosa. Cándida. Muy suave... Se casó con ella. Pero la niña tenía una hermanita tan parecida a ella, tan igual en el físico y en el alma, que muchas personas solían preguntar: “¿Son mellizas?”... Sturla, enamorado de su propia mujer, sufrió el hechizo de aquella semejanza.

Apasionado por las dos, enloqueció de rabia cuando supo que su cuñadita tenía un novio.

— *¡No quiero que te cases!*

— *¿Con qué derecho me lo vas a prohibir? ¡Yo lo amo!*—respondió la niña.

Sturla la mató.

— *La maté*—afirma—*como hubiera asesinado a mi propia mujer: ¡por amor!*

El amor

Sus jueces lo condenaron a cadena perpetua. Sin embargo, además del atenuante pasional, existía otro, de carácter sencillamente patológico.

Habla Sturla:

— *Cometí el crimen bajo una fiebre de locura alucinante. Yo no estaba en mi juicio. Le diré por qué: en aquellos días yo había servido de “sparring” a los boxeadores Campólo y Monte-Munn. Durante el entrenamiento, los dos me tiraron golpes a la cabeza que me dejaron atontado. MacCarty, que estaba presente, puede atestiguar si es verdad lo que digo... En esas condiciones fui a mi casa. Con los dolores y ruidos que sentía repercutir en el cerebro, procedí como un ebrio. ¡La culpa fue del box! ¡Sólo Dios sabe cuánto me arrepiento, sobre todo por la pobre y virtuosa madre que llora a su hija, por mi noble mujercita que, a pesar de mi infamia, me perdona y me quiere con una abnegación maravillosa, y por mi hijito que nunca tendrá padre! ¡Prefiero que me fusilen antes que permanecer toda la vida preso! Prefiero la silla eléctrica antes que vivir en la cárcel de Ushuaia.*

Para calmar su llanto, le pregunto:

— *¿Por qué no pensó en todas estas cosas antes de matar a la pobre muchacha?*

Me responde esta frase estupenda:

— *Si antes de matarla yo me hubiera puesto a pensar en estas cosas, no hubiese estado enamorado de ella...*